

Indiferencia y neutralidad

Con una cerveza de por medio (y mi gastada pipa colaborando plenamente en la intoxicación de mis sentidos) conversaba, hace poco, con un colega –mucho más veterano que yo, dicho sea de paso- acerca del rol bibliotecario en la sociedad argentina en particular y en la latinoamericana en general.

Como un buen padre que aconseja a su hijo, mi colega me dijo que, a su entender, me convenía abandonar mis pretensiones de cambio y mejora social, y dedicar mis días y mis horas al mero trabajo técnico, dejando los delirios de lado, pues con ello iba a granjearme únicamente enemistades y problemas.

Tras un par de horas de semejante charla (cuyo contenido he oído o leído varias veces antes), mi buen amigo me dejó solo ante mi cerveza y mi pipa, y en mi cabeza –entre los vapores del alcohol y del tabaco- se alzó una sola pregunta: “¿Y no será que el mundo anda como anda porque está lleno de personas como ésta?”. Aún me lo pregunto. Y ahora estoy sobrio.

(Aunque también me pregunto si el problema no seré yo).

No considero que mi pensamiento sea el correcto... Tampoco compré la *razón* en un supermercado, ni bajó un arcángel de los cielos a entregarme la *verdad* en la mano. Pero a lo largo de mi breve –pero intensa- vida profesional, me he dado cuenta del poder que tiene un libro para cambiar la vida de la gente. Acompaña al anciano solitario, abre mundos al niño, informa al adulto, brinda posibilidades, educa, entretiene... Y mucho más: si se sabe usar, la información rompe cadenas, desata mordazas y levanta vendas de muchos ojos y tapones de muchos oídos. Vivo en un mundo complejo, en una realidad dolorosa, pero no puedo anestesiarlo e ignorar lo que ocurre a mi alrededor, lo que pasa en mi sociedad, en mi país, en mi familia. Soy parte integrante de todo, soy uno más de esos millones condenados a vivir una vida que, normalmente, muestra injusticias a diario. No soy pesimista: amo y admiro la vida y sus desafíos. Pero no dejo de ser realista, y de ver que hay muchos más problemas que soluciones.

Ser indiferente, y creer que todo lo que ocurre no me toca o no es cosa mía, no me sale. Porque lo que pasa a mi alrededor es enorme, es brutal, duele muchísimo, y hay que ser muy ciego o muy cobarde para desviar la vista hacia otro lado. Quizás mi “juventud” (tengo 32... ¿soy joven? ¿O tengo demasiados pájaros en la cabeza?) me lleve a comprometerme en cosas en las que colegas más avezados prefieren no involucrarse. Pero he oído opiniones igual de indiferentes en las bocas de algunos adolescentes.

¿Qué está pasando?

Después de terminar una carrera universitaria y sentir que tengo una mínima oportunidad de cambiar algún mínimo aspecto de la realidad, no puedo cruzarme de brazos y decir que soy *neutral*, que no puedo comprometerme porque mi trabajo es solamente técnico o meramente informativo. Sencillamente, porque el tener una educación superior (algo a lo que no todos tienen acceso) me obliga moralmente a aplicar fuera de las aulas lo que aprendí dentro de ellas (= “extensión universitaria”). Y el saber que, con lo poco que sé, puedo cambiarle la vida a unos pocos –o a unos muchos- me empuja, éticamente, a luchar por hacerlo, por lograrlo.

Leemos a diario acerca del poder de la formación, del valor de la información, del papel que juega la biblioteca en el desarrollo, la identidad y la memoria de un pueblo. Lo escuchamos en cientos de conferencias, seminarios, talleres, cursos, encuentros y foros. También sabemos de todas las carencias y los problemas que acarrea la falta de educación. Entonces, ¿qué ocurre? ¿Olvidamos las palabras y las ideas valiosas cinco minutos después de haberlas aplaudido o de haberlas leído...? ¿O nos quedamos en las palabras bonitas, y dejamos las acciones para los *idealistas locos*?

El concepto de *neutralidad* del bibliotecario me asusta. En 32 años, no he sido nunca testigo de un evento *neutral*. O quizás ocurra que soy muy radical y los grises y los medios tonos me espantan. En mi opinión, no existen posiciones

neutrales: lisa y llanamente, es una forma de no tomar posición y de evitar el problema.

Y, hasta donde mi experiencia me permite ver, los bibliotecarios tomamos decisiones a diario, igual que cualquier otro profesional, que cualquier otro ser humano. ¿Qué libros incluimos en la colección? ¿A quién se permite el uso de los fondos? ¿Bajo qué condiciones? ¿Se permite el fotocopiado de los documentos? ¿En qué servicios se invierten los (escasos) recursos económicos disponibles? Estas son sólo algunas de las decisiones (y, por ende, de las posiciones asumidas) que tomamos. Y tras todas ellas hay motivos: ideológicos, éticos, filosóficos...

No somos *neutrales*. Pero muchos colegas son *indiferentes*, cosa muy distinta. Son *indiferentes* a lo que pasa fuera (e incluso dentro) de los muros de su biblioteca. No sé si tal actitud es buena o mala (que yo no la comparta no me habilita a establecer un juicio de valor... aunque este texto no sea más que eso). *Indiferencia* hay en todas partes. Lo que sé es que no podemos disfrazar la *indiferencia* de *neutralidad*. Y que tenemos un deber ético, como profesionales, hacia nuestros usuarios, hacia sus necesidades y hacia el servicio que debemos brindar.

Fuera, en el mundo exterior, ocurren cosas que nada tienen que ver con las AACR2R o con la CDU o con el préstamo interbibliotecario o las bases de datos digitales. Ahí afuera se necesitan manos, esfuerzo, y cabezas que piensen. No vamos a cambiar nuestra realidad de hoy a mañana (tal vez no lo hagamos nunca). Pero, a veces, basta un grano de arena para ayudar. A veces, una sonrisa cambia una vida. Una lágrima, hace años, cambió la mía para siempre, y me convirtió en lo que soy. Muchos lo lamentan... Pero unos pocos –aún cuando no haga falta que lo digan- lo agradecen.

Basta comprometerse con algo, por mínimo que sea o por tonto que parezca. Basta con eso para que muchos encuentren que su profesión no es tan insulsa, que no somos tan invisibles, que no somos neutrales en absoluto (no podemos serlo), que valemos muchísimo más de lo que los estúpidos estereotipos remarcan. Que todo tiene sentido. Basta dejar la *indiferencia* y el *mutismo* de lado... por un rato, al menos.

Basta abrirse y buscar esas manos que necesitan ayuda. Nuestra profesión tiene una notable vertiente *social*, que nadie se ocupa en enseñar en las aulas de nuestras Escuelas. No seamos *indiferentes*, o *neutrales*, o como quieran llamarlo. Comprometámonos. El pago ofrecido es nulo. Quizás una sonrisa o un abrazo. Pero les aseguro que ese pago mínimo durará por siempre, ahí adentro, en el rincón del corazón en el que guardamos todas aquellas cosas que realmente valen la pena.